

REVISTA DE ESTUDIOS REGIONALES

I.S.S.N.: 0213-7585

2ª EPOCA Septiembre-Diciembre 2016



107

SUMARIO

Daniel Arboledas García y Nuria Puig Barata. Análisis de los servicios deportivos municipales en poblaciones mayores de 30.000 Habitantes de cinco provincias andaluzas

María Rubio-Misas y Magdalena Fernández Moreno. Análisis de la solvencia de las mutualidades de previsión social

Juan Ignacio Pulido-Fernández y Juan Antonio Parrilla González. ¿Influye el dinamismo económico del turismo en el desarrollo socioeconómico de un territorio? Un análisis mediante ecuaciones estructurales

María López Martínez, Ginés Marco Reverte y Mª Mercedes Palacios Manzano. El fracaso escolar en España y sus regiones: Disparidades territoriales

María Gutiérrez-Salcedo, Eva María Murgado-Armenteros y Francisco José Torres Ruiz. La influencia de la calidad en el precio de los aceites de oliva en origen
Ángel Manzanares Gutiérrez, Celia Sánchez López y Prudencio José Riquelme Perea. Análisis de la coherencia en los mercados locales de trabajo de la provincia de Huelva*

María José Portillo Navarro. Crisis económica y ayuntamientos Españoles: Un análisis según la población a través de indicadores presupuestarios

Texto

Manuel Martín Rodríguez. Pluralidad de bancos de emisión en la Andalucía liberal (1835-1868): dos textos jerezanos

HOMENAJE A JOSÉ CAZORLA

Evocación de José Cazorla

Julio Iglesias de Ussel
Universidad Complutense de Madrid

Pocas tareas tan poco deseadas como la de evocar –por tener que escribir lamentablemente en pasado, por su fallecimiento- a un profesor, a un maestro, a un compañero, a un Vicerrector, a un Decano, a un amigo cuando, además de todo ello, ha sido determinante en la vida profesional, y por tanto personal, de quien esto firma. Todas estas dimensiones se agolpan en mi recuerdo –y también en mi corazón- cuando me refiero a aquel excepcional personaje que fue José Cazorla.

Mi primer contacto con él se produjo en los términos habituales de un joven alumno en la Facultad de Derecho de Granada que queda impactado por las enseñanzas de la asignatura llamada entonces Derecho Político, enseñada por maestros de tanta categoría científica y humana como Francisco Murillo y José Cazorla; los dos, con personalidades y estilos bien diferentes, coincidían sin embargo en recibir la permanente atención y la admiración reflexiva de sus alumnos. Fuera de las aulas sus clases eran sometidas a comentarios y análisis, y ese es un elocuente testimonio del interés que suscitaban por su calidad sus explicaciones.

Evocar aquella Facultad y en aquellos años, finales de los sesenta y primeros 70 del pasado siglo, requiere resaltar la figura de Francisco Murillo de quien Cazorla fue destacadísimo discípulo y colaborador, compañero de investigaciones, amigo e impulsor decidido de la Escuela Granadina de Sociología y Ciencia Política, a cuyos primeros promotores –como Sánchez Agesta, Enrique Gómez Arboleya- siempre profesaron respeto y admiración. Una Escuela que aparece en las historias de esas disciplinas en nuestro país en un lugar de honor, por el protagonismo decisivo de estos “padres fundadores” en la definitiva institucionalización en la Universidad española.

En ese privilegiado escenario, tuve la suerte y el privilegio de traspasar pronto la mera relación de alumno con su profesor, pues pude entrar en seguida en contacto más cercano con ambos. Murillo –que se había trasladado desde la cátedra de Valencia a Granada hacia escaso tiempo- estaba comenzando a instalar lo que fue en la Facultad de Derecho el primer Seminario moderno, ampliando mucho la biblioteca especializada y organizando actividades internas, invitando a especialistas de otras ciudades etc. Y admitieron a un pequeño grupo de alumnos, entre los

que me encontraba, para hacer tareas de apoyo interno como fichado de libros, actividades menores de colaboración en las investigaciones que llevaban a cabo, así como iniciarnos en lecturas ampliatorias de la especialidad.

Desde ese momento, mis relaciones con José Cazorla incrementaron su frecuencia y, por su generosidad, de paulatina confianza académica personal que bien pronto me permitió acceder a su amistad. Y cuando el entonces llamado Instituto de la Opinión Pública le pidió nombres de algunos estudiantes para establecer su red nacional de encuestadores, respondió con el de José Luis García de la Serrana y el mío, lo cual me proporcionó desde entonces una muy intensa experiencia en los trabajos de campo en toda Andalucía Oriental, de enorme utilidad para mi ulterior dedicación a la Sociología.

Esa experiencia laboral estudiantil y mi integración en el Seminario de Derecho Político de Granada –que también realizó diversas encuestas en las que trabajé–, me llevó al finalizar la carrera a seguir la carrera universitaria y, por tanto, a profundizar mi trato cotidiano y afecto con José Cazorla. Se iniciaron así nada menos que tres décadas de intensa relación, ralentizada solo, obligada pero lamentablemente, cuando en el año 2000 yo me trasladé a Madrid.

No me resulta fácil por tanto entresacar tantas vivencias en la hora de su llorado fallecimiento a sus 84 años, en marzo de 2016. Se trata de una tarea complicada. Para describir sus innumerables actividades, en las que siempre destacó, se necesitaría casi la habilidad de un buen historiador o la pluma de un inspirado novelista por la multitud de avatares, vivencias y acontecimientos que ha promovido y también de los que ha sido espectador y testigo cualificado.

Porque abordar la figura de José Cazorla no es hacerlo simplemente de un catedrático, de un investigador, de un Académico, de un universitario, de un escritor, de un intelectual, o de un impulsor de importantes iniciativas ciudadanas. No. Todo ello lo fue, y en unos niveles de excelencia verdaderamente remarcables. Pero una personalidad que ha desarrollado con tanta brillantez todas estas facetas en su propia vida, evidencia que cualquier catalogación con la que se le quiera caracterizar, será siempre reductora y simplificadora. No es fácil sintetizar la vida de una personalidad que deja tan honda huella en tantos y tan diversos ámbitos. Hombre con tantos saberes, tantas actividades, tantos libros, tantas experiencias y responsabilidades, ¿cómo circunscribirlo con un calificativo? Su densidad vital, al alcance solo de los privilegiados, está condenada a ser simplificada por cualquiera de sus intérpretes.

No obstante es imprescindible resaltar varias dimensiones esenciales. La primera y raíz de su vida entera ha sido su pleno compromiso universitario. José Cazorla fue un universitario profundamente vocacional. Y lo acreditó desde el principio de su propia dedicación universitaria, porque la inició abandonando una actividad profesional exitosa en el mundo turístico andaluz -en pleno crecimiento, lo que le auguraba una perspectiva muy halagüeña-, renunciando a un presente y aún más brillante futuro bienestar econó-

mico por una carrera académica que recorrió con brillantez y respeto de sus alumnos y compañeros. Fue sin duda su primer ejemplo de entrega vocacional a la Universidad a la que con tanta generosidad se entregó en el transcurso de su fecunda vida.

Pero su dedicación universitaria recibió inmediato reconocimiento. Sus clases cautivaban a los alumnos quienes quedaban impregnados por la originalidad de sus planteamientos, el dinamismo de sus explicaciones y las malévolas incursiones en la actualidad política y social de España. Por eso mismo, a ellas acudían sus alumnos y no pocos amigos de los propios alumnos, porque su prestigio de inmediato traspasó las fronteras de la propia Facultad.

Junto a su intensa actividad investigadora y docente, que incluye centenares de títulos, Cazorla se involucró con no menos pasión en los problemas institucionales. Son innumerables los ejemplos de las horas dedicadas a la propuesta, debate e investigación sobre los problemas de la Universidad. Pero debe resaltarse que lideró un grupo de prestigiosos investigadores para promover un pionero análisis global de la propia Universidad –incluyó desde su impacto económico en la ciudad, al análisis del área de reclutamiento de su alumnado, sus costes etc-, cuyos varios volúmenes aparecieron años después sintetizados, en 1977, con el título de *La Universidad de Granada a comienzos de los 70: un análisis sociopolítico*. Esta ejemplar iniciativa pluridisciplinar que integraba acreditados especialistas de muy diversas materias, ofreció una exhaustiva radiografía de la propia institución, con muy pocos seguimientos ulteriores, cuyo diagnóstico ofrecía la panorámica completa de su situación al servicio de la adecuada planificación de su futuro crecimiento.

Con su permanente entrega universitaria, no sorprenderá si se recuerda que aceptó asumir no pocas responsabilidades de gestión, incluyendo en los momentos complicados de la transición política. En contra de lo que en tantas ocasiones ocurre en el mundo universitario, Cazorla nunca renunció a involucrarse en las tareas de gobierno en todos sus niveles. Ejerció con intensidad y lucidez la Dirección de Departamento, el Vicedecanato y Decanato de la Facultad de Derecho o el determinante para la vida universitaria Vicerrectorado de Ordenación Académica, siempre en la Universidad de Granada.

Por su personalidad y compromiso, nunca fue un mero gestor de lo existente, sino decidido impulsor de las innovaciones que consideraba mejoras obligadas en la Universidad. Y una de las tareas a la que dedicó más empeño –y le costó sortear no pocos obstáculos y pequeñas y pintorescas miserias- fue a la creación en 1988 de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, en la que fue su primer e inolvidado decano.

Él mismo describió los avatares de ese empeño académico en uno de sus artículos profesionales, con sustanciosa información sobre el complejo proceso de toma de decisiones en la Universidad española. En un artículo con grandes componentes de su biografía universitaria y de la historia de la Escuela, narra este y otros

muchos avatares como anuncia su propio título: La Escuela Mudejar: evocación de una experiencia personal de tres décadas, 1950-1980, aparecido en la Revista Española de Investigaciones Sociológicas en el 2002. Conservo la oda que leyó, y me entregó a continuación, el día de inauguración del primer cuadro de la galería de Decanos de la mencionada Facultad, el 18 de marzo de 1994, en la que describió las diferentes fases de esa pequeña historia, con su característico sentido de humor. Permítanme que recoja alguno de sus versos que, con gracia, condensan muy bien su prolongado esfuerzo para lograr la implantación de la nueva Facultad:

(...)
 Yo a los Ministros subí,
 Yo a los Conserjes bajé,
 Y por doquiera que fui,
 Sin detenerme un momento,
 A todos el latazo di.

Yo a la Prensa agobíé
 Citando viejos anales
 Y méritos muy principales
 De docentes y locales

Tres rectores abrumé
 Con la misma petición,
 Y de Pascual (el Consejero)
 En un esfuerzo postrero
 Logré ya en la extenuación
 Su agotada rendición.
 (...)

Destacar el compromiso universitario de José Cazorla sin aludir al objeto prioritario de sus investigaciones, resulta completamente insuficiente. Cazorla acreditó en su vida intelectual verdadera pasión por Andalucía. Andalucía fue el objeto preferente de sus preocupaciones y de gran parte de sus escritos, por no aludir a las innumerables conferencias y artículos periodísticos impartidas sobre la cuestión.

Su pasión la acreditó desde el principio de su dedicación universitaria. No fue pequeña proeza elaborar su tesis doctoral en la Facultad de Derecho con una monografía titulada Factores de la estructura socioeconómica de Andalucía Oriental, que recibió luego el Premio extraordinario y mereció dos ediciones desde su aparición en 1965. Y la proeza no residió solo en el contenido de la propia investigación;

también en la elusión de no pocos rechazos de quienes consideraban heterodoxo una tesis socioeconómica en una Facultad de Derecho donde por otra parte era oficial la enseñanza de la economía política.

Esa experiencia tal vez reforzó incluso sus convicciones y compromiso con la suerte de Andalucía. Andalucía fue una realidad siempre presente en su horizonte vital, en su perpetua aspiración para lograr la superación de su subdesarrollo económico y cultural. Por eso no dejó de estudiar sus innumerables problemas en investigaciones, debates, artículos de prensa y conferencias; un asunto siempre presente también en su docencia, si no encajaba en la parte teórica, pues lo hacía aparecer en los ejemplos y casos prácticos.

Por eso la lista de publicaciones sobre esta temática se cuentan por decenas. No dejó escapar ninguno de sus problemas del pasado o del presente. La emigración y el posterior retorno, la conversión de Andalucía en tierra de inmigración, las minorías gitanas, la iniciativa empresarial, la religiosidad, el problema del paro, las profesiones médicas en Andalucía, las elites andaluzas, el clientelismo sobre todo en el medio rural, la desigualdad regional, la cultura política, el comportamiento electoral, el cambio social, la autonomía andaluza y tantos otros. Nada sintetiza mejor la vocación de estudio sobre Andalucía -o pasión como creo de justicia puede denominarse- que esta abreviada enumeración de los temas de sus publicaciones académicas, que estudió siempre con rigor pero aspirando a convencer al lector -y en otros casos al oyente en sus conferencias- en la necesidad de impulsar reformas que modificaran por completo la situación de esta región.

Cazorla, cosmopolita en lo intelectual, tuvo siempre profundo arraigo local. Como los árboles consistentes, necesitan la fortaleza que le proporcionan sus propias raíces. Y en él ese baluarte se la proporcionó siempre la ciudad de Granada a la que amó -obvio será aclarar que críticamente- profundamente. Una vinculación con la ciudad que le hizo rechazar, sin temblor alguno, tentadoras ofertas pero que le llevaban obligadamente fuera de la ciudad; nunca quiso abandonar la ciudad donde nació y que solo abandonó de manera duradera para estudiar en las mejores Universidades de Estados Unidos. Una pasión vital e intelectual por una ciudad y una región que le fue reconocida con el Premio "Joaquín Guichot" de investigación socioeconómica sobre Andalucía el año 1992.

Su pasión por Andalucía se proyectó igualmente con su decidido compromiso ciudadano. En sus clases, en sus conferencias y en sus actividades públicas, Cazorla nunca ocultó su firme compromiso con la libertad y la democracia, e igualmente sobre Andalucía. Nunca escondió sus convicciones en pro de su tranquilidad personal, sino que hizo alarde de ellas en todas las ocasiones que se le presentaron y no pocas que buscó deliberadamente.

Bueno será recordar al respecto que fue una carta suya -al periódico Ideal de Granada el 15 enero 1976-, la que desencadenó el primer homenaje público

a García Lorca en Granada. La Comisión organizadora, de una treintena de personas, publicó un Manifiesto en el que, en reivindicación de la memoria del poeta «y la de cuantos cayeron entonces en iguales circunstancias», se convocaba un homenaje en el mismo lugar y fecha en que Federico naciera setenta y ocho años antes. Con ello pretendían «proclamar con la fuerza de la solidaridad el Manifiesto de la reconciliación, que nos permitiría construir la España de todos y para todos los españoles». Las autoridades discutieron toda una serie de medidas para impedir o sustituir el homenaje. El 21 de abril de 1976 fue el primer firmante de un escrito dirigido al Gobierno Civil en el que se pedía autorización para celebrar una manifestación pública el 1 de mayo. El gobernador le respondió con sólo cuarenta y ocho horas de antelación, comunicando que no concedía la autorización solicitada. Y respecto al homenaje a Lorca, a través de la prensa internacional la Comisión organizadora, con una serie de presiones y otras muchas gestiones, finalmente, el 3 de junio —o sea, cuarenta y ocho horas antes del día señalado— el gobernador citó en su despacho a Antonio Jiménez Blanco y a él, advirtiéndonos que sólo permitiría un acto limitado estrictamente a media hora, y que hacía a los dos personalmente responsables de «cualquier cosa» que ocurriera en Fuente Vaqueros. Como durante la celebración la Guardia civil tenía vigilada toda la plaza, la preocupación principal de los organizadores consistió en evitar cualquier gesto o actuación que pudiera tomarse como pretexto o provocación y desencadenara una reacción de consecuencias imprevisibles. Tras los treinta minutos reglamentarios con las intervenciones de rigor, acabó el acto. Afortunadamente, todo transcurrió según lo previsto, pero eso no le evitó problemas durante todos aquellos días. En aquel período tuvo que soportar toda clase de molestias e insultos en anónimos, llamadas telefónicas de madrugada y amenazas.

Su activo compromiso ciudadano le llevó a ejercer permanentemente la crítica desde cualquier plataforma en la que tuviera oportunidad. Y las consecuencias fueron las obvias en este caso: siempre resultó incómodo para el poder. También en la democracia, en la que las nuevas elites políticas andaluzas, con muy pocas excepciones, lo eludían cuanto podían a él y a las ideas y análisis que difundía incómodos siempre para el nuevo establishment.

Pero su compromiso cívico se manifestó abiertamente en los medios de comunicación con los que colaboró permanentemente. Una actividad que le fue reconocida con el Primer Premio “Andalucía” de Periodismo en 1986.

Cazorla fue un muy brillante articulista, siempre mordaz y alguno de sus artículos merecerían entrar en una antología de la crítica municipal por su acerado humor. Los volúmenes que agrupan esas publicaciones, como el publicado en 1995 titulado *Crónicas desde Andalucía. Análisis de una realidad frente al tópico y la utopía*, contienen innumerables piezas de su permanente compromiso con la lectura crítica de los acontecimientos cotidianos.

Todos estos aspectos, sumariamente evocados, tuvieron un formidable contexto privado que lo hizo posible. Me refiero claramente a su ámbito familiar. La vida y la obra de José Cazorla no es comprensible sin su consistente vida familiar. Elena García Martín de Villodres, su compañera y madre de sus hijos –Elena, Cristina y José María- fue la artífice del extraordinario ambiente en el que trabajó y desarrolló su vida José Cazorla. El magnífico carácter de Elena, su gran simpatía, pragmatismo y enorme sentido común, le permitieron disfrutar una vida muy grata en la esfera privada. Compartían además el sentido de humor contagioso, que hacía divertido hasta las discusiones o discrepancias que pudieran suscitarse entre ellos. Y ese clima se proyectaba permanentemente porque construyeron un hogar acogedor, abierto a las amistades, donde acogían en múltiples ocasiones, y han hecho inolvidables –y no solo por los manjares que ofrecían, pero también- las animadas veladas de las que tantos, y tantas veces, hemos disfrutado.

Por eso, en esta hora postrera de su fallecimiento, al recordar tantas vivencias de su rica vida, no solo a su familia sino a tantos amigos, alumnos y discípulos también se nos escapan lágrimas llenas de nostalgia al evocar la enorme figura de la vida andaluza que nos fue dado conocer y tratarle con amistad. Y solo cabe decirle, allá donde sea, este sincero mensaje salido del corazón: Gracias Pepe.

Pepe Cazorla en el recuerdo

Juan Antonio Lacomba

Universidad de Málaga

Las líneas que siguen constituyen una mirada a un tiempo ido para rememorar vivencias personales en relación con el recuerdo de Pepe Cazorla, viejo amigo de tantos años, que ya se nos fue. No se trata aquí de bosquejar una breve biografía de Pepe Cazorla, ni de redactar su obituario. Otros ya lo han hecho. Ahora se trata de recoger ciertos aspectos de su personalidad; de reflexionar sucintamente, desde la propia memoria, sobre el sentido y el significado de las facetas elegidas.

Desde este planteamiento, considero que es necesario destacar entre lo que podríamos denominar sus referentes determinantes tres de ellos, para mejor conocer, y también para comprender, los fundamentos de la dimensión científica y humana del Prof. Cazorla Pérez. Uno se refiere a su proceso formativo y a su dimensión científica. A este respecto, es de subrayar el papel que en su formación en la Universidad de Granada y en su posterior y destacada trayectoria académica e investigadora desempeñó el Prof. Murillo Ferrol, su maestro. Esta vinculación inserta al Prof. Cazorla en la "Escuela de Granada" de ciencia política, que creó Fernando de los Ríos en los primeros años del siglo XX. Desde esta línea inicial de trabajo, en la que Cazorla incluye también el análisis socioeconómico, irá derivando hacia los estudios de sociología, que acabarán configurando su prioritaria tarea de investigador, con lo que transitará de politólogo a sociólogo. Con respecto a un segundo referente, el que atañe a su personalidad humana y a su manera de ser y de estar en la vida, es preciso señalar a Elena, su esposa y compañera en todos los avatares vitales, su mujer y amiga que estuvo a su lado en todo momento. Ella influirá decisivamente en la faceta humana de Pepe Cazorla. Por último, hay también que referirse, como tercer referente, a su "vidura granadina", ya que la ciudad de Granada fue el lugar decidido para su anclaje humano y académico, por lo que Granada se constituyó en el epicentro de su completo quehacer vital. A partir de estos referentes apuntados, - que tienen nombres identificativos: el Prof. Murillo, su mujer Elena y la ciudad de Granada - mi recuerdo de Pepe Cazorla considera sobre todo dos actitudes, entre otras posibles, que entiendo definidoras de su personalidad: una, en cuanto a su perfil humano, es su sentido de la amistad; la otra, referida a su condición de andaluz y científico, es su constante preocupación por Andalucía. Recalo en ellas porque pienso que tal vez son las que más me impactaron.

La amistad es un bien fraguado en la relación continuada y es, por tanto, una construcción personal. Un amigo se gana. El complejo sentido del término, su den-

so significado, está recogido con precisión en el Diccionario de la Real Academia: “Afecto personal, puro y desinteresado, ordinariamente recíproco, que nace y se fortalece con el trato”. Así entendió la amistad Pepe Cazorla. ¿Cómo surgió entre nosotros este “afecto personal”? Su nacimiento queda lejos. Se inició en el Departamento del Prof. Murillo Ferrol, en la Universidad de Granada, y se consolidó con el trato que mantuvimos en la Revista de Estudios Regionales desde su fundación en 1978. Ambos formamos parte del primer Consejo Asesor, nombre que tuvo al principio el Consejo de Redacción. Este contacto proseguido y el que tuviéramos preocupaciones similares, científicas y, en el sentido griego, políticas, nos propició mucho tiempo compartido, no pocas conversaciones, así como diversas colaboraciones, de diferente tipo, a lo largo de los años. Así fraguamos una larga y mantenida amistad, cimentada sobre un “recíproco afecto personal”. Y debo decir que esa amistad fue para mi un regalo científico y humano. Así pues, mutuo afecto, ayuda y colaboración fueron elementos sustantivos de nuestra relación, que descansó siempre en tres valores enriquecedores: la confianza personal entre ambos; la cordialidad en el trato y la ayuda y colaboración en algunas tareas y algún proyecto.

La segunda faceta identificadora fue su preocupación por Andalucía. Quizás en el Prof. Cazorla primero fue su preocupación humana, de la que derivó luego hacia el análisis sociológico de los problemas andaluces. En cuanto a la preocupación humana, Andalucía – en sus aspectos económicos, sociales y políticos – era en él tema habitual de reflexión, conversación y debate. Constituía una realidad hiriente en su conciencia de andaluz. De aquí su orientación científica hacia su estudio y evaluación. Su razón para ello, pienso, se encuentra tal vez en las palabras con las que finaliza su sustancial Prólogo a un libro que yo preparé (Cuatro textos políticos andaluces, 1883-1923, 1979). Dice allí que hay que “hacer presente nuestro pasado. Sólo manteniéndolo vivo seremos capaces de construir nuestro futuro”. En sus trabajos hallamos esta preocupación por el pasado, para entender el presente y proyectar el futuro. Un pasado que atisbaba lastimoso y difícil, un presente que entendía dramático y un futuro que consideraba problemático. En esta preocupación andaluza, insistió sustancialmente en dos temas: por un lado, en el básico análisis de la estructura de la realidad socioeconómica, construcción histórica que articulaba Andalucía, y, por otro, en el puntual fenómeno de la emigración/inmigración de andaluces en el siglo XX. Sobre la realidad andaluza de fondo versó su tesis doctoral (Factores de la estructura socioeconómica de Andalucía oriental, 1965), ya un clásico de los estudios sobre Andalucía, en donde frente a la consideración del atraso andaluz, planteaba su concepción del subdesarrollo andaluz. Señala que su hipótesis de partida, que verifica plenamente, ha consistido en comparar las dos Andalucías – la Oriental y la Occidental – y demostrar que en la mayoría de indicadores, Andalucía Oriental está por debajo de la Occidental y, desde luego, de la media nacional. Que es patente su inferioridad. La tesis del Prof.

Cazorla era la demostración del desequilibrio interno de Andalucía. A partir de esta primordial investigación se adentrará en el estudio de aspectos y problemas del mundo andaluz. Así, Andalucía pasará a ser objetivo central de su trabajo. Y otro aspecto que llamará su atención, más concreto en este caso, será la emigración, al interior y, sobre todo, al extranjero, con su alto coste humano. “La mayor parte de los emigrantes interiores – dirá – se dirigen a Cataluña y Levante, y de los exteriores a Francia y Alemania”. Si “la salida” atrajo su atención, le interesó luego el regreso de los emigrantes, cuestión de muchas ramificaciones, que le impactó fuertemente. En definitiva, en la época, el fenómeno de la emigración/inmigración acabó siendo seña de identidad de Andalucía. Como resumen final, se puede decir que a Pepe Cazorla le dolía Andalucía y que tres ideas que repetía evidencian ese dolor: 1) para entender Andalucía y sus problemas hay que partir de su subdesarrollo; 2) Andalucía ha sido caricaturizada y menospreciada desde fuera, desde los medios de difusión, lo que ha sido una humillación y ha tenido un alto coste humano; 3) no ha existido una “política andaluza” que buscara su recuperación y regeneración, de aquí los puestos finales que ocupa en el ranking de las regiones españolas. Se trata de realidades que formaban ya parte del entendimiento de Andalucía.

En fin, se nos fue Pepe Cazorla, el amigo y el científico, con el que tanto aprendimos. Muchas cosas se podrían escribir sobre él y, de seguro, se escribirán. La razón es que nos ha dejado un sabio, pero como escribió un periodista “los sabios nunca mueren, se perpetúan en sus obras”. Así es en el caso de Pepe Cazorla, cuyo legado, humano y científico, es ya un ejemplo a recordar y una espléndida herencia para todos cuantos quieran acogerla.

En recuerdo de José Cazorla

Javier Lasarte

Universidad Pablo de Olavide

Cuando llegué a la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada a finales de 1970 ya conocía a Pepe Cazorla. Habíamos coincidido en algunos de los congresos o seminarios que se organizaron en Andalucía por instituciones y grupos académicos que andaban en efervescencia a finales de la década anterior, influidos por los movimientos de los universitarios europeos, en particular en Francia. Solían ser reuniones entusiastas en las que se hablaba con bastante libertad, o sea, un marco intelectual en el que este profesor granadino se movía como el pez en el agua. La figura de Cazorla no podía pasar desapercibida. Exuberante, sonriente, extrovertido, conocedor de Estados Unidos y abierto al mundo, con planteamientos críticos frente al régimen político y la sociedad en que vivíamos que se basaban en el estudio sociológico, cosa que en aquellos momentos era una modernidad en las Universidades andaluzas.

Fue el primer sociólogo que conocí que entraba en combate desde una Facultad de Derecho; más tarde conocería a Francisco Murillo, su maestro, un hombre sabio que siempre le apoyó, y comprendí que desde aquella Cátedra de Derecho Constitucional (*Derecho Político* era entonces su denominación) se estaba llevando a cabo una importante tarea académica de conocimiento de la realidad social, que es una premisa indispensable para la concepción y regulación de la política que permite la convivencia y el progreso. Trabajaban desde el convencimiento de que había que ir un paso por delante del Derecho Constitucional investigando la sociedad receptora de esas normas jurídicas. No era fácil aceptar ese planteamiento desde la perspectiva de nuestras disciplinas tradicionales que a veces conducían a una distinción demasiado simple entre el Derecho y la Sociología, cuando la realidad era que no teníamos Facultades de Sociología, ciencia peligrosa para los más conformistas con el régimen político autocrático.

Por supuesto, el Seminario de Murillo y Cazorla no necesitaba mi ayuda, pero siempre lo apoyé considerando que realizaba una labor importante para el anclaje de la Facultad en la realidad; ya habría tiempo de centrarse técnicamente en el Derecho Constitucional cuando tuviéramos una Constitución. Y culminó su tarea con la creación en Granada de la actual Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Aún hoy, después de tanto tiempo, tengo amistad o buenas relaciones con los alumnos y profesores que encontré en mis primeros años de Granada que se incorporaron a ese fructífero Departamento y supieron seguir esa línea en una y otra Facultad,

como Julio Iglesias, Juan Cano, Gregorio Cámara y Javier Terrón (ambos publicaron en el número 1 de esta Revista una “Bibliografía socio-económica de Andalucía”), Manuel Bonachela, Jorge Riezu y Juan Montabes. Para ese Departamento fue una pérdida la temprana muerte de nuestro amigo Juan José Ruiz-Rico; frustró su carrera académica y su futuro como escritor.

Cuando Juan Ramón Cuadrado, otro buen amigo lleno de actividad a quien había invitado a hablarnos en Granada sobre la Hacienda Local, me expuso en 1977 su proyecto de crear en la Facultad de Ciencias Económicas de Málaga (Facultad que entonces no existía en Granada) una revista interdisciplinar sobre Ciencia Regional no dudé en unirme al reducido grupo que la puso en marcha y en reclamar la presencia de José Cazorla (Adolfo Rodero y Camilo Lebón también se incorporaron al mismo). No nos podía faltar su visión de la realidad y de la política. El fruto de ese equipo de profesores de centros académicos de Málaga, Granada, Córdoba y Sevilla fue esta *Revista de Estudios Regionales* (en la que hoy están presentes representantes de todas las Universidades de Andalucía). Pusimos ilusión y trabajo y conseguimos editar el primer número a mitad de 1978. Pepe y yo asistíamos regularmente a las reuniones de Antequera, que comenzaron en el salón del Consejo de su antigua Caja. Su presencia siempre fue positiva en lo académico y en lo personal; valoraba los trabajos con seriedad científica y hablaba con su controlada pasión de todo lo que tuviera que ver con la realidad política y social en aquellos años difíciles de la naciente democracia.

Debo insistir en esa *pasión controlada* por la política. Son palabras que casi resultan antitéticas porque las auténticas pasiones difícilmente pueden controlarse; además la primera de ellas tiene acepciones tan diversas según el Diccionario de la RAE que no es fácil utilizarla con respeto de esta secular corporación. Pero con esa expresión quiero dejar patente que nuestro sociólogo se sentía inevitablemente atraído por la política, a la que dedicaba, y dedicábamos, horas de conversaciones, cosa comprensible dada su profesión y la situación de España. Y sin embargo siempre evitó cuidadosamente *meterse en ese berenjenal*. Me consta que recibió proposiciones serias por parte, al menos, de dos grupos políticos porque estuve presente en esas reuniones. Pero nunca aceptó ni se explayó en las razones de su decisión. Creo que cumplía sobradamente los parámetros habituales de quienes se lanzaron por aquellos tiempos al montaje y control de los mecanismos de la vida democrática; y sigo sin saber por qué prefirió quedarse en su cátedra. No sé si fue un caso más de la eterna duda del intelectual ante la política o si el Diccionario lleva razón cuando dice que la pasión es “lo contrario de la acción”, lo cual puede ser desolador si reserva el ámbito de lo público a caracteres fríos, calculadores y, en consecuencia, alejados del apego apasionado al bien común y al pueblo soberano.

Hay otro aspecto de su trabajo que debo destacar. Muchas de sus investigaciones durante años estaban vinculadas a los fenómenos migratorios de la pobla-

ción española. Conocía bien la emigración de tantos trabajadores hacia la Europa comunitaria y se convirtió en un especialista en la inmigración de los mismos, es decir, *los retornados*. No se limitaba a las estadísticas; de la mano de la sociología llegaba a un análisis mucho más profundo de los efectos de estos movimientos en nuestra sociedad y en las conductas y formas de pensar de sus protagonistas. Le oí muchas veces hablar de estos temas y siempre nos deparaba alguna sorpresa que nos ayudaba a comprender cosas que se manifestaban a diario en nuestra tierra. Su primer escrito en la *Revista de Estudios Regionales* apareció en el número 2 de 1978 precisamente sobre “Paro y emigración, los males endémicos de Andalucía: algunas sugerencias”.

No era sólo buen sociólogo. Transmitía algo más: Pepe Cazorla se planteaba estos asuntos, más allá de lo profesional, como un tema moral o, si se prefiere, de moral social. Se situaba ante personas a las que había que comprender y ayudar; nos contaba la nueva vida en los pueblos andaluces de algunos de esos *retornados* como quien evoca a amigos que ve después de mucho tiempo. Su análisis sobre Estepa, realizado con David Gregory, parecía basarse, más allá de los datos, en el conocimiento personal de familias que buscaban por segunda vez una nueva vida; mis vinculaciones familiares con la comarca estepeña nos llevaron a varias conversaciones y terminé, yo también, creyéndome un amigo más de esas familias.

Desde esa moral social tronaba contra el estancamiento económico y el aislamiento de Granada reclamando inversiones e infraestructuras. Cada vez que tenía que salir de su ciudad se lamentaba de la velocidad media de los trenes y autobuses, inferior a la media del país. Hubo un momento en que sus amigos conocíamos con precisión esas velocidades medias de los distintos transportes; Pepe podía ahorrarse los datos y abreviar sus quejas. Actualmente viajo con frecuencia a Granada y prefiero el tren. Cuando debo bajarme en Antequera para desde allí seguir en coche o en autobús, porque la prometida línea de alta velocidad sigue siendo sólo un trazo en el paisaje, siempre imagino cuáles serían ahora sus imprecaciones reivindicativas.

Me permitirán contar una anécdota que puede servir para conocer el carácter de este profesor granadino. A la hora de una de nuestras excursiones decidió que nos íbamos *por allí por la parte alta de la Alpujarra* a ver una pequeña finca que había heredado. El largo paseo se hizo inquietante en algún momento porque dábamos vueltas y revueltas; sólo acabó cuando tuvo el valor de reconocer que no sabía donde estaba su terreno y que tendríamos que volver otro día. Fue el único caso que conozco de propietario agrario andaluz que no era capaz de encontrar su finca. Cuando la conocí más tarde me sorprendió aún más, porque era un precioso lugar lleno de magníficos castaños con una cabaña de las que salen en las películas del salvaje oeste, a la que solía retirarse más tarde su hijo.

Los años de Granada nos fueron llevando hacia una sólida amistad. Congeniamos nosotros y nuestras familias. Pepe, Elena y sus hijos Elena, Cristina y José

María están en la morada interior de nuestros afectos y buenos recuerdos. Su casa siempre estaba abierta y allí conocí a un primer grupo de nuestros amigos de Granada y pasé ratos inolvidables con sociólogos como Amando de Miguel o Juan Linz, su maestro de Yale.

Los Cazorla están entre los principales responsables de mis nostalgias granadinas.

José Cazorla Pérez entre el *universalismo* científico y el *particularismo* granadino

Juan Montabes Pereira

Universidad de Granada

Cuando en el año 1979 entré por primera vez en el despacho del profesor Cazorla, un objeto me llamó poderosamente la atención; un pequeño cartel de las dimensiones de un folio, sobre una peana metálica impreso en una tipografía medieval decía *Blessed is he who expects no gratitude, for he shall not be disappointed*. Esta frase, atribuida a W.C. Bennet, venía a decirnos algo que D. José Cazorla llevó siempre por delante y ejerció en sus más de cincuenta años de dedicación a la Universidad, “Bienaventurado es quién no espera gratitud, porque él no será defraudado”.

José Cazorla se integró a mediados de los cincuenta en la vida universitaria como asistente del entonces responsable de la Cátedra de Derecho Político del que sería su Maestro y referencia intelectual, D. Francisco Murillo Ferrol. Aunque de procedencia también granadina, de Güejar Sierra, el profesor Murillo, al que podríamos considerar otro granadino de proyección internacional, tras desarrollar su docencia en esta Universidad durante las décadas de los cincuenta y de los sesenta, a partir de los setenta optó por la Cátedra en la Universidad de Valencia y, unos años más tarde, en la Universidad Autónoma de Madrid, donde coincidiría con él también catedrático granadino D. Luís Sánchez Agesta.

El Profesor Cazorla combinaría durante los últimos años de los cincuenta esta actividad universitaria con otros trabajos iniciales y con excursos laborales y migratorios a Alemania, donde trabajó intensamente para poder dedicar en exclusiva sus tiempos, su actividad y su vida, a la Universidad. Su dedicación a la docencia e investigación centrada en los procesos sociales de desarrollo y democratización, teniendo en cuenta el contexto regional andaluz desde el que se trabajaba le posibilitaría una proyección y vocación internacional. El profesor Cazorla abrió así una ventana de pensamiento, de propuestas sobre Andalucía, sobre el Sur, sobre el desarrollo y la modernización de unas tierras que secularmente se habían visto postergadas por la actuación de los poderosos, desde fuera –por supuesto- pero también desde dentro. Fruto de estos impulsos iniciales surgió el Informe socioeconómico de Andalucía para la OCDE, de gran relevancia, política, cultural y económica en aquellos momentos y metodológica también en nuestros días.

Marcado por su granadinismo, por su vocación local, nunca renunció al universalismo de las ideas, al universalismo de Granada. Ejerció desde el primer día el difícil equilibrio entre las pautas de *particularismo* y *universalismo* que en sus clases de Derecho Político explicaba un año tras otro en la Universidad de Granada, divulgando entre los futuros licenciados la obra y el conocimiento de uno de los padres de las ciencias sociales contemporáneas, Talcott Parsons, a los hombres de uno de los grandes referentes intelectuales del siglo XX, Max Weber.

A principios de la década de los sesenta, un joven José Cazorla, con treinta años recién cumplidos, realizaba una de sus primeras estancias en las Universidades americanas de Columbia y de Yale. En la universidad neoyorquina coincidió con Juan Linz, y a partir de ahí mantuvieron una relación permanente en la que, uno desde Granada y otro desde la Universidad de Yale, promocionarían una sucesión de estancias e intercambios de otros jóvenes investigadores. Ello nos permitió a más de una docena de profesores vinculados a lo que más tarde se llamaría “escuela mudéjar” de la sociología y ciencia política española, participar muy directamente en la construcción de la Ciencia Política en España. En todo ello el Profesor Cazorla actuó como catalizador e impulsor de estos *nuevos* conocimientos, junto a otros colegas españoles, de lo que años más tarde será la Ciencia Política española.

Paralelamente, el Profesor Cazorla se integró muy activamente en la vida política local, regional y española de los últimos años del franquismo y primeros de la transición a la democracia. Su participación en el nacimiento y desarrollo en aquellos años de “mudanza” del *Club Larra* en Granada, o en la convocatoria que en 1976 intentaba homenajear por primera vez a Federico García Lorca en Fuente Vaqueros en el ya conocido como “el cinco a las cinco”, jalonarían los primeros compromisos del joven Profesor con su entorno. Dicha convocatoria fue prohibida por el Gobernador Civil de Granada y el profesor Cazorla, como miembro de la Comisión impulsora de estos actos, le otorgó categoría internacional al proyectar a través del *Washington Post* esa prohibición gubernativa. Eso precipitó la intervención del entonces joven Ministro de Gobernación Manuel Fraga Iribarne, también catedrático de Derecho Político, como el Profesor Cazorla, comunicándole finalmente su aprobación.

La implicación del Profesor Cazorla en el proceso de consecución de la autonomía andaluza por la vía del artículo 151 de la Constitución española, le llevó a participar junto a otras personalidades andaluzas y granadinas (el ex ministro Clavero Arévalo, el también catedrático granadino Nicolás López Calera, entre otros), en los actos que pretendían algo nada fácil en aquellos momentos: la máxima autonomía para Andalucía, en las mismas condiciones que Cataluña, País Vasco y Galicia. Con ello, una vez más, el profesor Cazorla se situaba frente a quienes estaban en el gobierno de España y en la primera línea de decisión granadina y andaluza. Con estas actuaciones el Profesor Cazorla, practicó, una vez más, lo que más profundamente marcó su vida profesional y personal, su permanente predisposición a situarse del

lado de las ideas de igualdad de oportunidades de pueblos y personas y frente a quienes se oponían a ella, fuera quién fuera y de dónde fuera.

La distribución adecuada de oportunidades, en la vida y en las instituciones marcó su pensamiento y su obra, en relación con Andalucía y con Granada. Esa vocación intelectual, tan vinculada a su tierra, a Andalucía, le llevaría a implicarse de lleno en la aparición de *Revista de Estudios Regionales*. El empuje, arrojo y solidez científica de un reducido pero muy cualificado grupo de investigadores en las ciencias sociales –economía, geografía, historia, antropología, sociología, derecho o ciencia política-, así como el impulso de las Universidades andaluzas de los últimos años de los setenta, llevaría a la aparición en 1978 del primer proyecto científico-social genuinamente andaluz y con la vocación y aliento de otros pioneros en estas mismas vocaciones y preocupaciones intelectuales.

Entre otros muchos, esos fueron algunos de sus avales para hacerse acreedor y titular, finalmente, de la medalla de Andalucía, cuyo otorgamiento en 2004 le supuso, con toda seguridad, uno de los momentos de mayor satisfacción y orgullo en su vida.

En su vertiente académica y profesional también llevó a cabo este compromiso de igualdad y de promoción de lo más próximo. Primero creando un grupo en el antiguo Departamento de Derecho Político (luego de Ciencia Política y de la Administración), en el que la igualdad de oportunidades se situó por encima de las preferencias o pertenencias tradicionales de una Granada y de una Universidad, entonces muy asentada en aquellas pautas. Sus permanentes esfuerzos por la institucionalización de la Ciencia Política en Granada –desde los años sesenta-, a través de su reiterada reivindicación de creación de una Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, solo se vería satisfecha en 1989, teniendo ésta el honor de haber contado con el Profesor Cazorla como su gran impulsor y su primer decano.

Fue esta permanente combinación de inquietudes, sentimientos y anhelos, lo que posiblemente marcó más intensamente su vida profesional y personal. El compromiso y la adecuada combinación entre el particularismo de sus vivencias, de sus amigos, compañeros y familia, con el universalismo de sus ideas y sus propuestas desde Granada y desde Andalucía hacia el exterior, marcarían toda su vida y toda su actividad.

Como otro granadino universal, escribiera y cantase hace más de treinta años, el Profesor Cazorla, vivió y trabajó por la consecución de un camino más racional, más accesible e igualitario, pero igual de ilusionante que el que Carlos Cano nos dibujó: *Granada vive en sí misma tan prisionera, que sólo tiene salida por las estrellas.*

